
El europolo en el contexto de la competencia capitalista

Los nuevos competidores y la “arrogante” Cuba

LUCIANO VASAPOLLO

Introducción

Los intentos del euro de convertirse en una nueva moneda dura en las transacciones internacionales (de pertinencia fundamental para Europa del Este y África mediterránea) dividieron en dos grupos a los países de la Unión Europea. Por una parte, una elite de países “euro-eficaces”, y, por la otra, países miembros que han quedado excluidos. Implícita en el mismo Tratado de Maastricht se halla la legitimidad del principio de una Europa que avanza a ritmos diferenciados, lo que demuestra que en una comunidad de iguales unos son más iguales que otros. Desde este punto de vista, el Tratado de Maastricht no representa la continuación del Tratado de Roma, sino la manifestación contradictoria del naciente polo geoeconómico europeo. En este sentido, los gobiernos europeos se centran en la selección del aliado más idóneo en su lucha por la supremacía económica y política, en contraste más o menos marcado con el polo imperialista estadounidense, a la vez que se empeñan en otorgar un papel mayor a las multinacionales europeas y a otras fuera de la comunidad del mercado europeo. La suerte del euro está en buena medida condicionada por el contexto externo, tanto por los mercados financieros internacionales como por la política monetaria de los Estados Unidos. Su buena fortuna depende asimismo de la capacidad del capital para imponer sus dictados sobre la fuerza de trabajo.

El surgimiento del polo geoeconómico europeo y la competencia global

Por variadas razones de índole social, cultural y política, pero sobre todo a causa de las políticas económicas relacionadas con la reestructuración capitalista, el ciclo Taylor-Ford-Keynes ha llegado a su fin. Durante dicho ciclo la producción dominaba el mercado y permitía tanto predecir y planificar la economía como adaptar la producción en masa al consumo masivo. Es cierto que tales condiciones provocaban también una mayor explotación de los trabajadores, mas se había instaurado un círculo eficaz en el cual la inversión, el crecimiento, el empleo y la creciente demanda estaban íntimamente relacionados. En esta etapa el poder del movimiento obrero propició el fortalecimiento de las clases trabajadoras en un período de vigoroso desarrollo económico (hasta la década de los años 70). El costo de la mano de obra aumentó y la redistribución se inclinó en favor de los salarios directos e indirectos con avances evidentes en el Estado benefactor. Con posterioridad las turbulencias, la inestabilidad y la crisis petrolera (con sus agudos conflictos entre las diferentes economías capitalistas) provocaron un incremento de la inflación. La deuda pública alcanzó niveles patológicos. Los volátiles tipos de cambio y las proporciones de la moneda agravaron aún más la situación.

En la actualidad, es el mercado el único que parece dictar las reglas del juego. Su flexibilidad y variabilidad han provocado una situación que exige un cambio radical en la organización de la producción. Todo esto ocurrió, además, durante un período de recesión y de estancamiento primero, y luego de disminución del crecimiento económico. La reestructuración del capital y su ofensiva política a gran escala se centraron en el costo de la mano de obra y en todas las formas de salarios, directos e indirectos. El Estado benefactor se debilitó y aumentó la explotación. Todo esto significó para la nueva burguesía empresarial internacional una novedosa forma de desarrollo capitalista, la entrada en la llamada era post-Fordista de la acumulación flexible, o era de la globalización, mejor definida como la era del “conflicto global”.

La actual crisis económica comenzó a fines de la década de los años 60 con una actitud diferente en relación con el Estado benefactor en Occidente, antes de la crisis del petróleo, y con la supresión de la convertibilidad del dólar.

Como consecuencia la hegemonía de los Estados Unidos se resquebrajó. Mas no fue solo la hegemonía estadounidense la que sintió los efectos de la crisis. En general, la hegemonía del capital tuvo que hacer

frente a un poderoso desafío. En fecha tan temprana como 1970 el crecimiento económico y la expansión del mercado habían comenzado a contraerse ostensiblemente. Para los años 70 el movimiento obrero había alcanzado niveles cercanos al empleo total con sus consecuentes incrementos en los salarios nominales, pero también, con posterioridad, en los precios; el sector de los servicios se expandió considerablemente sin modernizarse; la producción industrial no consiguió crecer a causa de la falta de inversiones y, por último, las dos crisis petroleras de 1973 y 1979-1980 provocaron una creciente tendencia inflacionaria y efectos negativos, en particular sobre el empleo. En 1975 un nuevo orden económico internacional, exigido por los países no-alineados, dio paso a las crisis de la deuda externa en el Sur que se inició con la primera crisis mexicana de 1982.

Los años 80 fueron testigos de profundos desequilibrios en la balanza de pagos, causados fundamentalmente por la incertidumbre acerca de la economía norteamericana que exhibía una marcada sobrevaloración del dólar y un serio déficit presupuestario federal. A finales de 1987 los temores de recesión provocados por las caídas de las bolsas de valores, trajeron consigo una suavización de la política monetaria mundial y en 1988 se experimentó un incremento notable en la tasa de crecimiento económico en Europa (4,1%). El derrumbe del sistema soviético constituyó la fase final de la crisis de la era bipolar. La *perestroika* de Gorbachov previó la derrota que culminaría con la fragmentación de Europa del Este entre 1989 y 1991 y la desaparición de la URSS. La desintegración de la Unión Soviética y el fin del sistema bipolar dejaron una sola superpotencia en la escena mundial, los Estados Unidos.

No obstante, a partir de 1991 la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) declinó hasta alcanzar valores negativos en 1993 (por ejemplo, en Italia ese año el PIB se redujo en un 1,2%). En 1992-1993 la recesión se sintió debido a la necesidad de respetar las obligaciones implícitas en el surgimiento y desarrollo de la Unión Europea de acuerdo con parámetros estrictamente financieros que excluían las consideraciones relacionadas con la seguridad social. Tal tendencia negativa se afianzó por una combinación de medidas económicas restrictivas y por los efectos de la reunificación alemana. Sin embargo, durante la segunda mitad de 1995 y los primeros meses de 1996 la actividad económica comenzó a despegar lentamente una vez más gracias al nuevo equilibrio en las políticas macroeconómicas y a los progresos en materia de estabilidad presupuestaria y ajuste financiero. Asimismo, las bajas tasas inflacionarias y las perspectivas de incremento de

los salarios permitieron que las políticas económicas se encaminaran, más decididamente en la dirección del crecimiento de la producción y de las inversiones, en particular a nivel intangible, con un aumento del empleo y una fuerza laboral cada vez más flexible, precaria y atípica.

El verano de 1997 fue testigo de la llamada “crisis asiática”: la devaluación de la moneda tailandesa provocó turbulencias en los mercados de valores de Indonesia, Malasia, y en todo el sudeste asiático. Las causas de tal crisis han de buscarse en los desequilibrios que caracterizaban a estos países, a saber, la disponibilidad de capital y de mano de obra, los grandes déficits externos, las debilidades en los sectores bancarios y financieros, así como la asignación de capitales a sectores especulativos, en especial a los bienes raíces. La crisis también alcanzó a Japón en 1998 con la consecuente depreciación del yen y la abrupta reducción en la posesión de acciones (entre enero y agosto de 1988 la moneda japonesa se devaluó en 11,9% en relación con el dólar) lo que provocó una tendencia marcada hacia la fusión en el sector bancario. En Japón, por ejemplo, los activos bancarios totales representaban el 175% del PIB, en comparación con el 75% en los Estados Unidos. También Europa experimentó una tendencia definida hacia la consolidación y una mayor concentración de bancos a través de adquisiciones y fusiones. Para finales de 1998 los activos totales del sector representaban el 234% del PIB. A comienzos de 1999 había 8 249 instituciones crediticias en la zona euro. En los Estados Unidos se produjo también una reducción importante en el número de bancos (había 8 855 para fines de 1997), y la participación en el mercado interno de los primeros cinco bancos aumentó de 12% a 22%. Simultáneamente se incrementaron las tensiones en los mercados laborales y en Europa al desempleo se sumó una drástica reducción de la seguridad laboral.

La década de los años 90 se caracterizó por una profunda crisis económica que aún espera su solución. Se han adoptado diferentes medidas para evitar la devaluación del capital que van desde la aplicación de tipos de interés flexibles hasta la privatización, desde la desregulación hasta la flexibilidad de la mano de obra y el desempleo estructural del nuevo mercado del trabajo. Tales medidas han traído consigo una considerable disminución de los salarios de los trabajadores, así como grandes perjuicios al Estado benefactor, al eliminarse las políticas relativas a la seguridad social, hacerse cada vez menos seguros los trabajos, aumentarse las desigualdades en cuanto a los ingresos, y desplazarse la riqueza nacional de la mano de obra (en forma de salarios directos, aplazados, e indirectos) al capital (en forma de ganancia financiera como la forma predominante del excedente). A nivel internacional dichas

políticas han provocado una profundización de la dicotomía entre Occidente y Oriente, y entre Norte y Sur. No es de extrañar que en la actualidad se cuestione seriamente la viabilidad de tales medidas político-económicas adoptadas en los países capitalistas desarrollados e impuestas a los países dependientes.

Lo que se está entronizando hoy día no es tan solo un nuevo y deslocalizado sistema de producción, sino también un nuevo sistema financiero y un nuevo tipo de acumulación del capital, o “acumulación flexible” que se basa en la flexibilidad de la mano de obra, en el creciente empleo de capital y de recursos intangibles, tales como los conocimientos, la información y las comunicaciones, así como en la “financiarización” de la economía. En cuanto a este último aspecto, lo que sobresale vívidamente es la preponderancia de los sistemas financieros y bancarios que en la actualidad pasan por una etapa de compleja reorganización y a los que se les ha confiado la tarea de determinar nuevos procesos de desarrollo internacional y nuevas estrategias de competencia global. La posición central del sistema bancario y financiero internacional constituye el aspecto verdaderamente innovador del proceso económico mundial.

Es en este amplio contexto internacional que se crea la Unión Económica y Monetaria (EMU). En lo que respecta a la fuerza laboral, los tratados de Maastricht y de Amsterdam se concibieron (al menos así se dijo) como una alternativa a la salvaje globalización puesta en práctica por los Estados Unidos. Se sostenía que el polo geoeconómico europeo proporcionaría un marco socio-económico capitalista más moderado. El objetivo de este trabajo es demostrar por medio del análisis de algunas de las etapas fundamentales del nacimiento y de la consolidación inicial de la Unión Económica y Monetaria que los acontecimientos posteriores se han apartado sobremanera de las proclamas oficiales.

El Europolo

Las especificidades de los modelos de crecimiento y de los mercados del trabajo europeos

El primer capítulo brinda algunas líneas generales de interpretación a escala europea y mundial. Es hora ya de discernir las tendencias específicas que caracterizan a las distintas naciones de la Unión Europea.¹

Resulta usual distinguir entre dos tipos de modelos de capitalismo. El primero es el modelo “renano-nipón” basado en una moneda fuerte y estable, así como en una poderosa estructura industrial. Las empresas se basan en un “núcleo duro” de accionistas cuya filosofía es la previsión de una larga vida para la empresa, con pocos riesgos de adquisición en el mercado financiero. La característica principal de este modelo es que no concibe la fuerza laboral como un factor productivo más, sino que le otorga su cuota de responsabilidad en el manejo de la empresa. El resultado es una especie de administración conjunta entre los dueños, la administración misma y el sindicato. Por tanto, es importante aquí que la fuerza laboral tenga acceso a la capacitación, disfrute de condiciones seguras de trabajo, y pueda rendir con calidad si los trabajadores y la empresa van a estar tan cerca como sea razonablemente posible. Asimismo, en este modelo, prevalecen las perspectivas a largo plazo sobre la obtención de ganancias a corto plazo característico de Occidente. En Japón, además, las relaciones de naturaleza contractual se sustituyen, o cuando menos se complementan, con relaciones esencialmente fiduciarias dado el hecho de que en Japón son las empresas y no los consumidores las que desempeñan el papel esencial en el sistema económico.

Por su parte, en el modelo anglosajón, desarrollado en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia y Canadá, el objetivo primordial es la obtención del máximo de ganancia y de éxito personal. La empresa se considera más un activo de los accionistas que una institución social, y cuando se produce una coyuntura desfavorable no existen redes de seguridad para los trabajadores en forma de retiro prematuro, compartición de trabajos, etc. Este modelo concibe al Estado en términos de servicios e infraestructuras. El objetivo esencial de este tipo de capitalismo agresivo e individualista es el logro del éxito inmediato. Es en este modelo que han surgido las llamadas “compañías públicas”, esto es, compañías basadas en la extendida posesión de acciones.

Lo anterior demuestra que el modelo de desarrollo europeo se ajusta para encajar en una serie de múltiples situaciones locales en un intento por sojuzgar la “resistencia” de los trabajadores y de otros agentes sociales. En países como Holanda, Suecia y Gran Bretaña la tendencia es a minimizar la injerencia en el mercado del trabajo. Mientras que de manera formal se concede una gran autonomía organizativa a todas las partes interesadas, se deja un amplio espacio a las opciones impuestas por las asociaciones de industriales que se centran en la privatización, la flexibilidad y la limitación de las garantías de los trabajadores. Por ejemplo,

en muchas naciones (sobre todo en Holanda) ha habido una gran liberalización del mercado del trabajo, con la aparición de sectores cada vez más numerosos de trabajadores atípicos. En otros países (Francia, Alemania, España e Italia) se han aplicado controles a la desregulación “para inyectar dosis de flexibilidad en este o en aquel segmento del mercado laboral, pero sujetos a verificaciones o excepciones, nunca a una extensión generalizada. En tales casos, las intervenciones se aplican a grupos sociales específicos como los jóvenes, o a zonas geográficas en particular como las menos desarrolladas (por ejemplo, los *patti territoriali* o acuerdos territoriales) y por lo general poseen un tiempo limitado al término del cual el experimento puede revocarse”.²

A pesar de estas diferencias, la movilidad y flexibilidad de la fuerza de trabajo es la única forma en la que los mercados laborales se ajustan a las diferencias duraderas entre las oportunidades económicas y de empleo. Por ejemplo, aproximadamente el 5% de los residentes de la Unión Europea en los grupos de edad activa no son ciudadanos de los países miembros donde habitan, y un tercio de ellos proviene de países fuera de la Unión Europea. En contraste con las declaraciones oficiales, los obstáculos a la migración entre los países europeos están ciertamente en aumento debido en parte a las dificultades culturales e idiomáticas, y en parte a la rigidez del mercado del trabajo, o, en otras palabras, existen interminables ofrecimientos de empleo con salarios bajos, sujetos a pocas regulaciones y penosos en extremo como resultado de las limitaciones impuestas a los trabajadores provenientes de países que no pertenecen a la Unión Europea, y a las actitudes racistas. Sin embargo, la inmigración se analiza solo desde el punto de vista de la ley y el orden (drogas, terrorismo, delitos). No se intenta poner coto al tráfico ilegal de mano de obra, ni a la explotación, ni al racismo, mientras que sí se hacen esfuerzos para garantizar a los inmigrantes servicios de salud y asistencia legal. Lo que es compatible con el desarrollo del polo europeo es la explotación al máximo de la mano de obra inmigrante, que funge como ejército de reserva siempre disponible, y que puede usarse para hacer más precaria —y más sujeta que nunca a múltiples presiones— a toda la fuerza de trabajo, local o no. Vale la pena recordar que desde la década de los años 80 el suministro de mano de obra proveniente, por ejemplo, de Turquía, Marruecos y Túnez ha aumentado en más de 5 800 000 unidades. En dichos países el mercado laboral ha proporcionado 2 600 000 empleos, excluyendo así a más de 3 000 000 de personas.

Un aspecto característico de las tendencias en el empleo en la Unión Europea es su creciente concentración, y de nuevos trabajos, en los

niveles altos, a expensas de aquellos que requieren un grado promedio de cualidades profesionales. De hecho, los datos demuestran con claridad que todo el incremento neto de empleos en el período 1994-1996 se debió a un aumento en la cantidad de trabajos que requerían conocimientos relativamente elevados. En realidad, mientras el número de ejecutivos, especialistas y técnicos ha crecido ostensiblemente, los niveles inferiores han experimentado una abrupta disminución que se hizo aún más notable a fines de los años 90. Es asimismo cierto que al tiempo que el nivel de educación y de capacitación profesional ha aumentado en todos los países de la Unión Europea en los últimos años, existen todavía muchos desempleados sin la suficiente calificación para competir realmente en el nuevo mercado del trabajo, así como están también los llamados desempleados de “edad avanzada”, un ejército creciente de personas de cuarenta y cincuenta años con pocas posibilidades de regresar al mundo del trabajo activo precisamente porque se les niegan los ingresos necesarios para atender a necesidades básicas, incluyendo su continua capacitación.

Los efectos negativos de tales políticas han sido mayores para sectores específicos del mercado laboral europeo. Tomemos por ejemplo a Italia. Mientras que el desempleo afecta aún a más del 10% de la población trabajadora (a pesar de la reducción artificial del desempleo gracias a la utilización de cifras que incluyen formas flexibles, precarias y atípicas de empleo), en el sur de Italia el porcentaje es tres veces mayor, e incluye un tercio de la población joven, fundamentalmente femenina. En zonas que alguna vez se caracterizaron por la existencia de grandes industrias, los obreros —en su mayoría de mediana edad— engrosan las filas de los desempleados a largo plazo.

La tendencia es similar en el resto de Europa Occidental. En lo que se refiere a los jóvenes de ambos sexos menores de 25 años, su participación en el mercado laboral ha disminuido a causa de la mayor duración de la educación y de la capacitación dirigida cada vez más a satisfacer las necesidades de las empresas, aunque costada con dinero público, de acuerdo con la política de “estacionar” a los jóvenes con el fin de poder exhibir tasas inferiores de desempleo. Asimismo, las dificultades para acceder al mercado laboral se han atenuado solo con el incremento de las oportunidades de trabajo de naturaleza intermitente y temporal caracterizadas por una gran flexibilidad de los salarios y reducidos derechos y garantías. El desempleo juvenil ha declinado en los últimos 15 años, pero es aún casi el doble del desempleo adulto (alrededor del 20%, contra el 10%). En resumen, en los últimos años el número de desempleados jóvenes ha disminuido

debido tanto a factores demográficos, como a su restringida participación en el mercado laboral debido a las políticas de capacitación “fingidas”, al tiempo que ha ocurrido un marcado incremento de la cantidad relativa de adultos desempleados por un período cada vez mayor.

En el caso de las mujeres, por su parte, en el período comprendido entre 1994 y 1996 aproximadamente dos tercios de los nuevos empleos creados en toda la Unión Europea fueron a parar a manos de mujeres. Sin embargo, no puede considerarse esta como una cifra positiva toda vez que la mayoría de tales empleos son trabajos de media jornada que están lejos de ser seguros. Por otra parte, el desempleo masculino tiende a sufrir más los efectos de las fluctuaciones en la actividad económica que el desempleo femenino. Tal fenómeno se debe en parte al hecho de que los hombres tienden a concentrarse más en sectores cíclicamente sensibles como la industria y la construcción.

En cuanto al desempleo a largo plazo, lo primero que debe notarse es que en los últimos 15 años las distintas tendencias se han orientado a seguir la tendencia general con la circunstancia agravante de que, mientras que la tasa total de desempleo declinó en 1985, la tasa a largo plazo se mantuvo en aumento y solo disminuyó ligeramente en 1986. Cuando comenzó a entronizarse la recesión, la tasa total de desempleo empezó a aumentar al tiempo que disminuyeron ligeramente las tasas a largo plazo para luego volver a subir una vez más y alcanzar niveles relativamente altos a partir de 1996. En la Unión Europea, menos de un tercio de los hombres desempleados en 1995 halló trabajo en 1996: la mitad permaneció desempleada mientras que el resto había dejado de pertenecer por completo a la fuerza laboral. En cuanto a las mujeres, la proporción de aquellas desempleadas en 1995 que hallaron empleo en 1996 fue aún inferior. Los datos existentes para cada país son muy similares a los de la Unión en su totalidad, lo que demuestra los serios problemas que tienen que enfrentar los desempleados en su búsqueda de trabajo estable.

Todo esto prueba inequívocamente que el desempleo a largo plazo, incluso más que el desempleo en general, puede reducirse solo con el crecimiento dinámico y estable del empleo a jornada completa, con políticas de empleo innovadoras y abarcadoras, así como con la readopción de políticas adecuadas en relación con las inversiones, incluyendo la inversión pública. Sin embargo, la Unión Europea no ha conocido políticas concebidas con el objeto de crear nuevas oportunidades de capacitación profesional y casi nada se ha hecho para aumentar las capacidades de la fuerza de trabajo activa que sean de utilidad

para toda la vida laboral. La Unión Europea no ha intentado realmente ejecutar planes orgánicos con el fin de organizar un esquema de capacitación activo para los desempleados, sobre todo para los desempleados a largo plazo, así como ha faltado la adopción de un esquema orgánico y consistente que destine un mínimo de ingreso social a los desempleados y subempleados suficiente para financiar el tipo de capacitación idónea para el trabajo. La única forma de equilibrar la situación es mediante la reducción de las horas laborales sin disminuir el salario total, la aplicación de un salario de asistencia para desempleados y subempleados, el fortalecimiento del Estado benefactor, y el incremento de las inversiones productivas en áreas de importancia social y ambiental. El tiempo libre así creado será aprovechado por el consumidor, se preservará el equilibrio en el ciclo producción-consumo y, sobre todo, la riqueza creada por medio del aumento de la productividad será redistribuida a la fuerza de trabajo.

La integración europea y la competencia capitalista

Como se ha afirmado en estudios anteriores,³ ha habido dos etapas fundamentales en los años transcurridos entre el período de la postguerra y la actualidad. La primera de estas etapas duró hasta inicios de los años 70 y se caracterizó por la existencia de tasas bastante altas y estables de empleo, producción y crecimiento. La segunda ha estado marcada por tasas de producción y de crecimiento mucho más bajas, y por una disminución del empleo. El desempleo ha perdido sus características cíclicas y se ha hecho estructural.

En los últimos años la economía internacional ha sentido los efectos de la grave crisis financiera en el sudeste asiático. Las fluctuaciones del mercado de valores que comenzaron con la devaluación de la moneda tailandesa se extendieron rápidamente a Filipinas, Malasia e Indonesia y trajeron consigo una estela de devaluaciones, desplomes de las bolsas locales y quiebras de bancos. La crisis reveló los serios problemas de estas economías, a saber, un relativo exceso en la disponibilidad de mano de obra y de capital, un negativo balance financiero externo, y vulnerabilidad del sector financiero en conjunto.

La crisis de la Unión Soviética y la fragmentación de Europa del Este entre 1989 y 1991 desequilibraron el sistema bipolar. Como resultado, por una parte se fortaleció la posición de los Estados Unidos en términos de comercio y de internacionalización del capital, mientras que por la otra se asistió a la entrada de Europa en la competencia

global. Europa emergió como un polo geoeconómico capaz de contrastar el enorme poder de los Estados Unidos. Ciertamente los Estados Unidos se benefician de su posición y tratan de mantener su predominio a toda costa, temerosos de tener que competir con una Europa unida y con Japón o, más bien, con todo un nuevo polo asiático.

Con el fin de preservar e incluso de ampliar su posición predominante, los Estados Unidos han avanzado rápidamente con el acuerdo de libre comercio de América del Norte (NAFTA) al eliminar los aranceles e integrar los distintos sectores agrícolas e industriales bajo hegemonía estadounidense, reafirmando así su predominio sobre México y Canadá. Sin embargo, el acuerdo carece de facilidades reales y abarcadoras de consulta, al tiempo que presupone considerables desventajas comerciales y productivas para México: la movilidad de la fuerza de trabajo ha quedado excluida de las negociaciones. Se ha ampliado el control estadounidense sobre el mercado agrícola mexicano mientras que los servicios nacionales financieros y de transportación están subordinados al control extranjero. Por tanto, NAFTA tiene notables limitaciones y la cuestión ahora es si el acuerdo promoverá el crecimiento en América Latina. De hecho, es evidente que América del Sur en general ha sufrido perjuicios como consecuencia de las políticas monetaristas, la privatización de empresas estatales, la eliminación de aranceles y acuerdos, y la adopción de medidas para hacer frente a la inflación, que han provocado un incremento de la pobreza. Estos países han sido testigos de la drástica caída de los salarios reales, la pérdida de muchos empleos y el empeoramiento de la crisis agrícola.

Aparte de los cambios que tienen lugar en América Latina, otro de los acontecimientos importantes ocurrido en las últimas décadas ha sido el cambio del centro económico de gravedad en Asia de Japón a China. En los últimos 15 años China ha exhibido tasas de crecimiento extraordinarias, mientras que su PIB ha tenido un incremento promedio anual de 9,7% en comparación con el 2,9% de ciertos países del Tercer Mundo. El crecimiento económico de China se apoya no solo en sus exportaciones (no obstante, en otros países importantes de Asia la proporción entre las exportaciones y el crecimiento anual del PIB es casi el doble del de China), sino también en la reducción de la deuda externa y el control de la inflación. El crecimiento de China puede atribuirse a varios factores. En primer lugar, al tiempo que el sistema de precios es bastante complejo, no hay liberalización del mercado. En segundo lugar, no ha habido privatizaciones, o en otras palabras, aunque ha emergido un sector privado no se ha privatizado lo que estaba en manos del Estado. A esto debe añadirse una política efectiva de

descentralización de las regiones. De hecho, en términos del PIB, la propiedad estatal ha disminuido de 85% a 54% mientras que la propiedad colectiva regional ha crecido del 2% al 6%. Así se explica mejor el fenomenal crecimiento chino. En realidad, a la vez que China posee la mayor población del mundo y existe una considerable desigualdad en muchos sectores, hay no obstante una redistribución significativa del ingreso y un crecimiento general en todas las regiones del país. Ciertamente si China mantiene tal nivel de crecimiento y continúa consolidando sus fuerzas militares, pronto asumirá el papel de Japón y será capaz —junto con la India y posiblemente Irán— de crear el tercer polo al lado de las superpotencias que en la actualidad dominan la economía mundial.

En virtud de esta situación, los gobiernos del continente han visto en la construcción de la Europa de Maastricht una oportunidad para crear un polo geoeconómico y geopolítico poderoso que pueda ofrecer resistencia a los Estados Unidos y a Asia. El euro representa una decisión tomada de acuerdo con una lógica imperialista de reparto dirigida por los líderes de la globalización financiera. Para los norteamericanos, sin embargo, la mejor Europa posible ha de estar lo suficientemente unida pero bajo el dominio de los Estados Unidos. Por consiguiente, intentan mantenerla lo bastante dividida como para evitar que emerja como una superpotencia que pueda hacerles competencia. Los Estados Unidos están hoy más temerosos que nunca de las perspectivas de una moneda que favorezca las exportaciones de Europa en el futuro y que amenace la condición del dólar como la moneda de reserva mundial.

Rusia, una variable estratégica

Los aspectos que se han recalado en las páginas anteriores constituyen el contexto real de la nueva estructura de la sociedad capitalista. El punto de partida del análisis son algunas características íntimamente relacionadas del crecimiento capitalista. Tales aspectos se examinan en el contexto de la relación entre el capital y la fuerza de trabajo cuya finalidad es el control social interno en cada país capitalista. Esto resulta aún más evidente si analizamos los datos macroeconómicos sobre la recesión capitalista. Tal recesión inevitablemente empuja en dirección a la guerra y apunta hacia determinados esquemas expansionistas en la zona ruso-asiática, es decir, en esa zona estratégica llamada Eurasia.

El derrumbe de la URSS ha transformado radicalmente la faz de Eurasia toda vez que ha abierto el camino para que los Estados Unidos y la Unión Europea puedan penetrar en el continente asiático. El fin de la URSS no solo ha provocado la pérdida de prestigio sufrida por Rusia, país que ha pasado de ser una potencia internacional que desafiaba a los Estados Unidos a una potencia de nivel medio, sino que ha originado una notable redefinición de las fronteras de Rusia y, por consiguiente, un cambio en la disponibilidad de recursos energéticos subterráneos de importancia estratégica. Después de 1991 Rusia tuvo que hacer frente a una realidad totalmente diferente. El dominio sobre su territorio asiático se redujo hasta el 20% de su extensión anterior, la población asiática controlada por Rusia disminuyó de 75 a 30 millones, mientras que muchos millones de rusos que viven en el Cáucaso se encuentran en la actualidad separados de Rusia. Ha de recordarse asimismo que las grandes migraciones y las diferencias étnicas que el régimen soviético mantenía de alguna manera bajo control han provocado conflictos (Cáucaso y Chechenia) y continuarán siendo fuente de conflictos cada vez más violentos y trágicos, no tanto debido a causas religiosas sino por el control de una zona que puede considerarse como la más “grande mina energética” del mundo.

La Federación Rusa posee 150 millones de habitantes (la gran mayoría rusos), pero hay millones de rusos que viven aún más allá de las fronteras de su propio Estado. La idea de “restaurar el imperio” (con el objeto de defender a aquellos que viven lejos de Rusia) choca con el surgimiento y la consolidación de nacionalismos arraigados y cada vez más omnipresentes.

“Para resumir, hasta hace poco Rusia era un gran imperio territorial y el líder de un bloque ideológico de estados satélites que se extendía hasta el corazón de Europa y hasta el sur del Mar de China. Hoy se ha convertido en un país agitado sin un fácil acceso geográfico al mundo exterior, potencialmente expuesto a conflictos devastadores y rodeado de vecinos por el oeste, el sur y el este. Tan solo las regiones inaccesibles del norte, casi siempre heladas, parecen estar geopolíticamente seguras”.⁴

El territorio asiático que antes pertenecía al imperio soviético se divide ahora en Tayikistán, Kirguistán, Kazajastán, Turkmenistán y Uzbekistán. Estas zonas pasan en la actualidad por una fase económica difícil e inestable y constituyen el teatro de constantes conflictos bélicos. El derrumbe de la URSS ha provocado asimismo un cataclismo geopolítico en la zona del Mar Caspio. De hecho, hasta 1991 este territorio podía considerarse soviético e iraní. Luego del fin de la Unión

Soviética, además de la Federación Rusa y de la República Islámica de Irán, otros tres países, a saber, Turkmenistán, Azerbaijón y Kazajistán, pasaron a tener costas en el Mar Caspio. Como consecuencia de este cambio geopolítico, ahora los cinco países costeros están interesados en el petróleo y en el gas de la región. Esta zona experimenta además una cada vez más seria degradación ambiental en la actualidad. La carencia de controles ha provocado cuantiosas pérdidas en determinados sectores locales con una tradición de desarrollo, como el sector pesquero. Lo mismo puede decirse del turismo, ramo al que en las actuales circunstancias no puede augurársele un buen comienzo.

Toda vez que aún no se ha ratificado un acuerdo definitivo entre estos cinco países relativo a la explotación de la zona y a sus recursos energéticos, el problema queda todavía pendiente de una solución.

Resulta obvio, por tanto, que una zona como la del Mar Caspio, tan bien dotada de recursos energéticos, representa una tentación para todos. En lo que respecta a las relaciones mundiales geopolíticas, esta zona será regulada en virtud de un acuerdo entre los cinco estados costeros, aunque hasta el momento, debido a las difíciles relaciones entre ellos, no se ha hecho ningún intento para resolver la situación, principalmente porque no se ha alcanzado un “acuerdo de reparto” conveniente a los Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia.

Desde un punto de vista económico, Rusia ha sufrido un muy serio desplome. De 1992 a 1998 su PIB se redujo en alrededor de un 40% y en la actualidad es casi el 20% del de los países de la Unión Europea. Las inversiones también han menguado abruptamente. Representan hoy día solo el 13% del PIB y se han reducido en más del 60%.

De 1992 a 1994, inmediatamente después de las reformas, la producción industrial disminuyó en más del 50% a causa de las dificultades en las ventas como consecuencia de la liberalización de los precios de 1992 y el retiro de los subsidios estatales. Tal situación mejoró de 1995 a 1999, aunque no hay comparación entre el desarrollo de Rusia y el de las otras “economías de transición” como Polonia y Hungría. En 1997 las inversiones comerciales fueron inferiores al 13% del PIB, mientras que las inversiones foráneas directas no llegaron a constituir el 1% del PIB (0,8%). La devaluación del rublo de 1998 estimuló la producción industrial que en 1999 creció en un 3,1%.

La devaluación del rublo que siguió a la crisis financiera de agosto de 1998 tuvo resultados tangibles ya en 1999. De acuerdo con el Comité Estatal de Estadísticas (Goskomstat), en el primer semestre de

1999 las exportaciones rusas disminuyeron en un 11,7% en comparación con 1998, mientras que las importaciones se redujeron en más del 45% anualmente.

Es importante recordar también que de 1992 a 1998 se produjo una reducción tanto de las importaciones provenientes de la Unión Europea, como de las exportaciones hacia la Unión Europea. Mientras que en 1992 la UE recibía el 48% de las exportaciones rusas y representaba el 43% de sus importaciones, para 1998 tales cifras habían disminuido al 31% y al 36% respectivamente. Los países de la Unión Europea que poseen las mayores relaciones comerciales con Rusia son Alemania (35% de las exportaciones de la UE y 31% de las importaciones de la UE en 1998), Italia (13% de las exportaciones y 14% de las importaciones), Francia (8% y 10%), y el Reino Unido (6% y 10%). La situación mejoró en el transcurso del 2001. En los primeros nueve meses el PIB creció en un 5,7%, las inversiones en un 5,8%, la producción agrícola en un 7,4%, el comercio minorista en un 10,1%, y la producción industrial en un 5,2%. La tasa de inflación fue del 13,9%.

En cuanto al comercio exterior, en los primeros nueve meses del 2001 Italia clasificó como segunda detrás de Alemania en la recepción de exportaciones rusas, y sexta en el suministro de importaciones a Rusia. Los datos disponibles demuestran que Rusia constituye un muy importante mercado para Italia, sobre todo si tomamos en consideración que el gas y el petróleo representan el 80% de nuestras importaciones desde Rusia.

El desempleo ha disminuido también de alrededor de 7 millones en el 2000 a 5,7 millones en los primeros nueve meses del 2001. Los salarios han aumentado en alrededor de un 20% y el ingreso real de la población se ha incrementado en un 6%. Los factores determinantes del crecimiento económico ruso de origen externo se han hecho menos importantes como resultado tanto de la caída de los precios de las materias primas (sobre todo, de los precios de la energía que constituye el rubro fundamental de exportación de Rusia) como de la revalorización del rublo en relación con el dólar. Lo que estimula la economía es esencialmente la demanda interna tanto de bienes de consumo como de maquinarias. "En septiembre del 2001 la deuda externa de la Federación Rusa era de \$143,3 mil millones, de la que \$93,3 mil millones se habían heredado de la época soviética. Del total, \$17,6 mil millones se adeudan al FMI y al Banco Mundial, y \$39 mil millones al Club de París".⁵

Del 2000 a los primeros nueve meses del 2001 las inversiones extranjeras crecieron en más de un 23%. Los principales países inversionistas son Alemania, Estados Unidos, Chipre, el Reino Unido, Holanda e Italia.

En el 2002 y en los primeros meses del 2003 los factores macroeconómicos fundamentales han mostrado un desarrollo positivo, en particular el crecimiento del PIB y las inversiones extranjeras. La Bolsa de Valores de Rusia alcanzó su nivel máximo del año en septiembre del 2003, mientras que el rublo no solo se ha estabilizado sino que tiende a fortalecerse. Estas son ciertamente señales positivas que pueden crear las condiciones para el regreso de aquellos capitales extranjeros que se retiraron en masa después de la crisis financiera de 1998. El tipo de cambio del rublo con relación al dólar es ahora de 1 a 31, lo que favorece las exportaciones rusas y aleja las posibilidades de depreciación de las inversiones. La convertibilidad del rublo en los mercados internacionales se ha tornado en una posibilidad cierta, toda vez que parece que su valor real se incrementará entre un 3% y un 5% en el 2004. A propósito, Rusia ha mostrado interés en el euro desde hace algún tiempo y ha anunciado que desea diversificar sus reservas. De hecho, desde hace meses Rusia ha estado comprando la moneda de la UE, además de oro y dólares. Es obvio que también gracias a la subida de los precios del petróleo la economía rusa crece. Sus esperanzas de ingresar pronto en la OMC también aumentan, lo que redundaría en un incremento considerable de su PIB en un plazo corto e influiría en las posibilidades de que el rublo se convierta en una moneda internacional. No es casual que desde hace algunos meses se hayan efectuado negociaciones entre los países de la antigua Unión Soviética acerca de la posibilidad de emplear el rublo como la moneda común de esa zona geográfica.

Resulta importante subrayar que para volver a ser una potencia económica capaz de competir con las “grandes potencias de Occidente”, Rusia ha de controlar a Ucrania. Este es un país de vital importancia porque, además de contar con más de 50 millones de habitantes, ocupa una zona estratégica dotada de recursos subterráneos en gran cantidad y de alta calidad, y controla asimismo el paso al Mar Negro. Por tanto, el control de esta nación concedería ciertamente a Rusia una presencia notable tanto en Asia como en Europa. Si además de Ucrania, pudiera controlar a Azerbaijón (este país también posee vastos recursos minerales y energéticos), Rusia tendría acceso a Asia Central y al Mar Caspio.⁶

Es importante recordar que los estudios geológicos han calculado que la reserva de recursos petroleros en esta zona podría alcanzar los 235 mil millones de barriles, lo que convertiría la zona en un nuevo Golfo Pérsico. Por ejemplo, en Kazajastán existen enormes yacimientos de petróleo (en Kashgan) que, dicho sea de paso, los explota la

compañía italiana Agip, líder de un grupo de nueve compañías internacionales entre las que se incluyen la Shell, British Gas, BP-Amoco, etc.

Azerbaijón posee unas reservas de más de 20 mil millones de barriles de petróleo y Turkmenistán cuenta con el 25% del total de las reservas de gas de la zona del Mar Caspio, esto es, el 18% de las reservas mundiales. Y esta cifra no incluye las reservas que posiblemente aún no se hayan encontrado.

Rusia ya no considera el petróleo tan solo como una materia prima de exportación, sino también como un elemento que posee una importancia verdaderamente capital para la estabilización del consumo internacional de energía y, por consiguiente, para su propio fortalecimiento económico y geopolítico a nivel mundial. Rusia pretende asimismo que sus reservas se conviertan en una alternativa a las reservas del Golfo Pérsico toda vez que fuentes internas autorizadas prevén un incremento notable en la producción de petróleo de 380 a 520 millones de toneladas. Para lograr tal aumento, no obstante, el país necesita hacer grandes inversiones en infraestructura, las que por su parte requieren de recursos financieros internacionales calculados entre 500 y 800 mil millones de dólares. En septiembre del 2003 se conoció la noticia de que Arabia Saudita y Rusia, los dos mayores exportadores de petróleo, están a punto de rubricar un acuerdo de colaboración por cinco años en el sector energético.

Son precisamente el petróleo, el gas y la electricidad para Rusia los motores impulsores de su desarrollo y los elementos que le posibilitan aparecer internacionalmente como un competidor creíble y estratégico. Es por esta razón que Rusia intenta mantener un cierto control militar en toda la antigua Unión Soviética y explota también los conflictos internos con dicho fin, lo que obviamente entra en contradicción con los proyectos expansionistas de los países occidentales que, en este sentido, favorecen a los nuevos Estados y a su “joven independencia” para así evitar que Moscú pueda instalar bases militares en sus territorios.

¿Pero cómo puede Rusia beneficiarse con su participación en la “guerra contra el terrorismo”? Mientras el mundo continúe involucrado en la guerra en territorio afgano y en sus alrededores Rusia puede continuar utilizando los oleoductos de las márgenes septentrionales del Mar Caspio que se extienden desde Kazajastán hasta las costas rusas del Mar Negro. De esta manera, el oleoducto de Novorossiysk posibilita que Rusia se convierta en el principal país capaz de suministrar petróleo a Europa proveniente del Mar Caspio.

Por consiguiente, en esta etapa, Rusia percibe favorablemente la presencia de los Estados Unidos en territorios asiáticos. No obstante, si se analiza el asunto con más perspectiva la cuestión sería si este país está dispuesto a ceder una gran parte del territorio euroasiático a las potencias occidentales considerando que en materia de política interna hay muchas personalidades en Rusia que, aún pensando en el pasado poder geopolítico de la nación, no ven con buenos ojos la presencia norteamericana en territorios que pertenecieron a la antigua Unión Soviética.

Debe quedar claro por lo expresado en las páginas precedentes que después del derrumbe de la Unión Soviética, tanto Europa del Este como Europa Central se han convertido en una zona estratégica de importancia capital para aquellos intereses económicos y geopolíticos que están apareciendo en la competencia global entre los Estados Unidos y la Unión Europea.

De hecho, estos territorios, a pesar de su diversificación y fragmentación, así como de su depresión económica y social, poseen grandes potencialidades debido a sus recursos energéticos y a su posición geográfica como puente entre Asia y Europa. Son estas razones las que atraen a muchos países desarrollados cuya finalidad es sacar ventaja de las inversiones y de las oportunidades comerciales que ofrece la zona, a la vez que ganar una posición en áreas con un elevado valor estratégico.

En este punto, sin embargo, es apropiado subrayar la opinión de Brzezinski: “El derrumbe de la Unión Soviética no solo crea posibilidades para la penetración de la influencia norteamericana en el vacío euroasiático (en particular mediante la consolidación de los Estados que no son rusos), sino que tiene también consecuencias geopolíticas muy importantes en las ramificaciones sub-occidentales de Eurasia: el Medio Oriente y el Golfo Pérsico se han transformado en una zona de evidente y exclusiva influencia estadounidense... [aunque] a causa de las conspiraciones nacionalistas y religiosas contra la hegemonía extranjera en la región, la actual supremacía norteamericana en el Medio Oriente se erige, literalmente, sobre arena”.⁷

A pesar de su lejanía con respecto a estos territorios, los Estados Unidos necesitan controlarlos si no militarmente al menos económicamente.

“La opción básica será más bien entre un delicado equilibrio regional y... los conflictos étnicos, con la consiguiente fragmentación política y con un posible inicio de las hostilidades a lo largo de las fronteras meridionales de Rusia. Alcanzar este equilibrio regional y consolidarlo continúa siendo el objetivo primordial de cualquier geo-estrategia general norteamericana para Eurasia”.⁸

El papel de un nuevo competidor: China

La decisión de las autoridades chinas de ingresar en la OMC después de un dilatado período de tensiones con los Estados Unidos pesará incuestionablemente en las relaciones internacionales y en la situación interna china. La variable china ha de comprenderse y conocerse con profundidad evitando inútiles esquemas interpretativos.

Durante meses los Estados Unidos y China mantuvieron unas “relaciones peligrosas”, razón por la que la revista norteamericana *Time* habló de una nueva guerra fría. El bombardeo de la OTAN a la embajada china en Belgrado y las tensiones con Taiwán (país al que Estados Unidos quisiera incluir en su sistema de defensa en la región asiática) han marcado profundamente las relaciones entre las dos potencias. La actual voluntad de los Estados Unidos de permitir el ingreso de China a la OMC y la decisión china de acoger positivamente esta apertura han provocado reacciones disímiles: euforia en los círculos económicos de los países capitalistas y subvaloración (o análisis de repertorio) en muchos comentaristas de la izquierda italiana. Ciertamente el ingreso de China a organizaciones internacionales dominadas por el liberalismo y por las más poderosas economías imperialistas amerita un esfuerzo analítico superior. De hecho, resulta en extremo superficial considerar este cambio como “nada más que la integración de China en el mercado mundial”. La realidad no solo es más compleja, sino que provoca determinados acontecimientos muy importantes para las luchas políticas internacionales. Los Estados Unidos procuran usar esta posición como un arma de chantaje y China como un instrumento de presión, cosas que ahora no significan para nada lo mismo que antes.

China posee su propio “valor agregado” que puede emplearse objetivamente —antes que subjetivamente— en la economía mundial. Los partidarios pro-globalización de Saint Simon tenían que tomar esto en consideración. La lectura que hacen de la decisión china es al menos (y predeciblemente) eufórica. En los centros donde se toman las decisiones y entre los economistas occidentales se perciben tres ventajas:

- El fin de veinte años de políticas “intermitentes” en las relaciones entre China y las economías capitalistas.
- El debilitamiento de la Vieja Guardia en el Partido Comunista Chino y en el aparato estatal.

- La liberalización política que inevitablemente seguirá a la liberalización económica.⁹

Asimismo, los análisis y las proyecciones económicas prevén muy buenos resultados para China como resultado de su integración en el sistema de comercio regulado por la OMC. De acuerdo con el banco comercial Goldman Sachs, el comercio exterior chino se duplicará para el 2005, esto es, ascenderá de \$324 mil millones en 1998 a \$600 mil millones. El porcentaje chino en el comercio mundial aumentará del 3% al 6%. En los años 90 fluctuaba entre el 2% y el 2,8%, mientras que en la década de los años 70 representaba el 0,6% del comercio global.

Los Estados Unidos condujeron las negociaciones para obtener la membresía de China en el marco de unas difíciles relaciones bilaterales (agravadas por el bombardeo de la embajada china en Belgrado). No obstante, los Estados Unidos han comprendido perfectamente que a un país con un “peso específico” grande como el de China ha de traérsele al espacio dentro del que se están redefiniendo las relaciones de poder entre la Unión Europea y los Estados Unidos. No fue casual que inmediatamente después del fracaso de la Cumbre de Seattle se efectuara una reunión global y bilateral entre la UE y las autoridades chinas con el propósito de salvar la brecha caracterizada por la fragmentación de las relaciones bilaterales entre China y cada país europeo en particular.

De acuerdo con el Consejo Comercial Estados Unidos-China, organización de compañías norteamericanas radicadas en China, en el transcurso de las negociaciones para el acceso de China a la OMC las autoridades de ese país concedieron más de lo que obtuvieron, mientras que los Estados Unidos mantuvieron determinadas cláusulas económicas propias de la guerra fría, limitando así la participación de China en la OMC a la condición de observador.¹⁰

Se han descrito los acuerdos como la capitulación de China pero conservando un margen de maniobrabilidad y de “incertidumbre” que sus autoridades han sabido explotar con un objetivo esencial, a saber, acelerar las inversiones extranjeras en China para catalizar el crecimiento aprovechando la mentalidad capitalista cuya finalidad es llegar al mercado antes que sus competidores para poder obtener ganancias con rapidez. Un periodista occidental ha captado bien este efecto natural y colateral del instinto animal del capitalismo: “En los próximos meses una fiebre similar a la que se está apoderando de Internet podría comenzar en China. Nadie sabe cómo sacar

provecho de ello, pero hay que estar allí desde ahora ya que cuando se empiecen a obtener ganancias será entonces demasiado tarde para ir”.¹¹ Nadie puede vaticinar si China perderá en esta carrera o si paradójicamente vencerá a sus rapaces, agresivos y aventureros contrincantes.

Los últimos años no han resultado fáciles para China en lo absoluto. De hecho, el país ha comenzado a pagar el precio por la estabilidad económica de Asia que la propia China hizo posible durante la crisis de 1997. En el 2003 el impacto negativo de la epidemia de SARS fue notable.

China pagó el precio por la estabilidad de su moneda (el yuan) en comparación con el resto de las monedas asiáticas que se desplomaron durante la crisis de 1997. Tal estabilidad perjudicó las exportaciones chinas a favor de los otros países de la región y condujo a la deflación. Según palabras de un comentarista económico, “la dirección china ha considerado esta estabilidad como una inversión geopolítica para lograr el liderazgo en Asia. Pero si la estabilidad externa amenaza la estabilidad interna a través de la disminución del crecimiento, entonces los chinos no pueden sino optar por las ventajas internas”.¹²

Las autoridades chinas tienen ante sí un serio problema que enfrentar, problema que se agudiza en el contexto chino, a saber, el evitar un conflicto entre el papel internacional cada vez más importante que desempeña el país y la consecución de tasas de crecimiento proporcionales a este nuevo papel, evitando también la letal “sobrexposición” que propició la crisis del modelo soviético. No obstante, a los líderes chinos no solo les preocupaba la experiencia de la URSS (tal preocupación ha constituido la base de las decisiones políticas del gobierno desde los sucesos de la Plaza Tianamén hasta la actualidad), sino también los cercanos tigres asiáticos. “En China hay una corriente de pensamiento que no es muy favorable a la globalización”, sostiene Valérie Niquet, investigadora del INS francés, “debido al ejemplo de Corea del Sur. Este país abrió sus fronteras mucho tiempo atrás y pagó por ello durante la crisis financiera”. Entre todas estas preocupaciones, una parece ser la principal, a saber, la modernización del país. Esta ha de lograrse a cualquier precio, incluyendo el favorecer por algún tiempo más las ambiciones hegemónicas de la principal potencia mundial, los Estados Unidos. “Si el interés estratégico fundamental de los Estados Unidos es la preservación de su posición como la nación más poderosa del mundo en el siglo XXI, el de China es su modernización”, declaró abiertamente Liu Ji, vice-presidente de la Academia de Ciencias de China.¹³

Las relaciones entre China y los Estados Unidos a menudo han sido ambiguas y evasivas, algo que trastorna los dogmas de la política exterior norteamericana. “Si el peso de los respectivos intereses económicos y geopolíticos parece excluir la posibilidad de una ruptura”, escribe Philip S. Golub en *Le Monde Diplomatique*, “la frialdad existente revela la fragilidad de una relación que es ambigua, depende más que nunca de las variables de la política interna de ambos países, y constituye una mezcla de *realpolitik*, intereses comerciales y rivalidades estratégicas”.¹⁴

Pero China siguió también otro camino cuando, justo antes del inicio de las negociaciones para su entrada en la OMC, lanzó al espacio un cohete portador de un satélite de comunicaciones que evidenciaba su propia capacidad tecnológica. “El cohete es también otra tarjeta de visita para la admisión de China en la OMC en el futuro cercano... Los chinos poseen ya su propia agenda de negociaciones: solicitarán más libertad de comercio y de tecnología”, observaba entonces un comentarista alemán. “Desde un punto de vista económico más amplio, China es ahora productor de sofisticada tecnología electrónica autónoma, y se despoja de los ropajes de pequeño fabricante de telas”.¹⁵

Obsérvese que China posee una población de 1 300 millones de habitantes, y un PIB de 1 150 mil millones de dólares (51% por concepto de actividades comerciales, 34% por concepto de servicios, y el resto por agricultura). Sus reservas monetarias son solo superadas por las de Japón; las inversiones extranjeras se incrementaron en un 27% en los primeros seis meses del 2003; su superávit comercial alcanzó los 24 mil millones de dólares en el mismo período, mientras que la tasa de crecimiento es una cifra de dos dígitos. En el 2002, el superávit comercial con los Estados Unidos alcanzó los 30 mil millones de dólares. Tal sintético retrato de China demuestra por qué los Estados Unidos consideran al gigante asiático como “la amenaza amarilla”.

China constituye una anomalía en el contexto de las opciones económicas norteamericanas. Estados Unidos desea preservar su papel como la principal potencia económica a nivel internacional, mas es incapaz de acelerar su propio crecimiento. Por tanto, intentan frenar el crecimiento de sus rivales. China es una excepción a esta política toda vez que sus tasas de crecimiento son elevadas (en los primeros tres meses del 2003, a pesar de la epidemia de SARS, el PIB creció en un 10% y se prevé que su incremento anual sea de un 8%), ha podido escapar al empobrecimiento, ha ingresado en los mercados mundiales de bienes y servicios, y porque, al mismo tiempo, no ha perdido su soberanía

económica y se las ha arreglado para mantener un gran sector de su economía al margen de la esfera de influencia de los mercados internacionales de capital.

Adviértase asimismo que China no devaluó su moneda en el momento más crítico de la crisis asiática, y contribuyó de alguna manera a rescatar en parte las economías de la zona. En la actualidad, por otra parte, se presiona a Beijing para que revalorice el yuan, que no es una moneda convertible y está atado al dólar desde 1994 según un tipo de cambio de 1 por 8,28.

Las autoridades chinas no desean variar dicho tipo de cambio a pesar de que el dólar perdió alrededor del 10% de su valor con relación al euro entre fines del 2002 y mediados del 2003.

Son los Estados Unidos los que insisten en la revalorización del yuan ya que su déficit comercial con China continúa en ascenso (103 mil millones de dólares en el 2002). Los Estados Unidos presionan asimismo al resto de los países asiáticos y los invita a revalorizar sus monedas en nombre de la estabilidad financiera global. La principal preocupación, sin embargo, es la alarma provocada por el déficit en la cuenta corriente de los Estados Unidos. China pudiera revalorizar, pero solo porque su vigoroso crecimiento sobrecalienta la economía (el primer ministro Wen Jiabao, sin embargo, excluye cualquier tipo de revalorización del yuan antes del 2006). Las cuestiones que enfrenta la moneda china son una señal de la posición central que ocupa el país y del papel que desempeña como zapador de la hegemonía global norteamericana. De cualquier manera, China no tiene intención de ceder a las presiones para revalorizar su moneda. Por ejemplo, en septiembre del 2003 en un editorial del *China Daily*, las más altas autoridades chinas rechazaron la idea de que un tipo mayor de cambio entre la moneda china y el dólar estadounidense pudiera ser ventajoso para los productores y consumidores norteamericanos. De hecho, la ventaja de las compañías chinas sobre las norteamericanas estriba en el bajo costo de la mano de obra china. Por lo tanto, una revalorización de la moneda china podría favorecer solo a los productos de aquellos países donde el costo de la mano de obra es un poco mayor que el de China, lo que provocaría un incremento de los precios minoristas en los Estados Unidos. El editorial del *China Daily* anteriormente citado concluía expresando que “ningún acuerdo internacional prohíbe que un país mantenga un cierto tipo de cambio a través de los instrumentos de la política económica... no debe olvidarse que en China también hay trabajadores que son más pobres que sus colegas norteamericanos”. Considérese además que la estrategia

monetaria china ha traído consigo la creación de millones de nuevos empleos y un aumento del nivel de vida general del pueblo chino. Las presiones son, no obstante, cada día más fuertes. El FMI también pidió a China que flexibilizara su sistema de tipos de cambio con el fin de reducir el peso de la producción china en todo el mundo occidental. El FMI llegó incluso a sugerir hipócritamente al gobierno chino que un sistema más flexible de tipos de interés incrementaría la capacidad del Banco Central de China para controlar las monedas y el crecimiento del crédito al tiempo que protegería la economía de posibles sacudidas internas y externas. En septiembre del 2003, Kong Quan, vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores, declaró que el único objetivo de China es no perjudicar sus exportaciones y perfeccionar el mecanismo de cambio en concordancia con el desarrollo del país, de Asia, y del mundo. Es evidente que los Estados Unidos están obligados a continuar su guerra comercial y monetaria si tomamos en consideración que solo en el mes de julio del 2003 su déficit comercial con China alcanzó los 10 mil millones de dólares. El impacto en el sector industrial ha sido notable con la pérdida de 2,5 millones de empleos desde el comienzo de la administración del Presidente George W. Bush. Obsérvese asimismo que para estabilizar el tipo de cambio con respecto al dólar China y Japón compran bonos del gobierno estadounidense cuyo precio podría desplomarse en caso de desacoplamiento. De hecho, a Japón también se le acusa de mantener artificialmente bajo el tipo de cambio del yen con respecto al dólar estadounidense mediante la adquisición de dólares. El Banco Central de Japón se opone a la intervención para ajustar los tipos de cambio.

Ciertamente en los últimos meses, debido a la devaluación del dólar con relación al euro y a otras monedas, las exportaciones chinas a los Estados Unidos, Europa y al resto de los mercados del mundo se han vuelto más competitivas. Es por tal razón que los economistas norteamericanos afirman que el yuan ha de devaluarse entre un 20 y un 40% si se quiere contar con un tipo de cambio realista. Pero si es cierto que, a causa de la actual estrategia monetaria, las exportaciones chinas a los Estados Unidos aumentaron en el 2002 en un 22%, también lo es el hecho que en el mismo período las exportaciones norteamericanas a China se incrementaron en un 45% y que muchas compañías estadounidenses se benefician de los tipos de cambio existentes toda vez que producen directamente en China. Asimismo, con el fin de mantener el actual tipo de cambio, China ha absorbido una considerable porción de la deuda pública estadounidense a través de la compra de bonos del

Tesoro. Los economistas norteamericanos no mencionan que la moneda china representa un magnífico negocio para las multinacionales norteamericanas radicadas en China que explotan la muy barata mano de obra. Con frecuencia China es el destino de la producción de las multinacionales occidentales, mientras que las inversiones extranjeras obtienen grandes ganancias industriales y enormes ventajas financieras. Las estructuras de las multinacionales comienzan en los Estados Unidos, Francia, y Alemania, y terminan en China donde el costo de la mano de obra especializada es inferior, donde hay un creciente estrato de consumidores que poseen un buen poder adquisitivo, y donde los inversionistas extranjeros disfrutan de una absoluta libertad de movimiento.

Como se mencionó con anterioridad, a la guerra por los tipos de interés se le suma la guerra comercial. Las acusaciones van desde participar en prácticas comerciales desleales (proteccionismo y subsidios a las propias compañías), ser un refugio seguro para la falsificación de productos (se ha calculado que el costo a las compañías norteamericanas por este concepto asciende a 200 mil millones de dólares) hasta involucrarse en el espionaje industrial. Pero si todo esto es a favor de los Estados Unidos, los términos empleados son más dignos: externalizaciones, desubicaciones productivas, inversiones extranjeras directas, transferencia de tecnología. Adviértase que de acuerdo con cálculos de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos y de la Sociedad Norteamericana para la Seguridad Industrial, las compañías estadounidenses pierden 59 mil millones de dólares como consecuencia de los llamados robos de secretos comerciales e industriales. Se llega a sostener que el daño total infligido cada año a las compañías norteamericanas alcanza los 300 mil millones de dólares. Un informe del 2003 del Departamento de Defensa de los Estados Unidos al Congreso se refiere a una estrategia china centralizada por el gobierno de Beijing, cuyo propósito es minar las bases de la economía occidental. Extraña actitud esta de los Estados Unidos. ¡Cómo si ellos no tomaran parte también en el espionaje industrial!

Las declaraciones de G. Tenet, director de la CIA, durante una audiencia del Congreso de los Estados Unidos son sintomáticas: “Nuestros servicios de inteligencia no se involucran en la realización de espionaje industrial que sea dañino a compañías o países extranjeros”. ¿Habla en serio?

Las reglas de la libre competencia son solo válidas si sirven para la dominación de los rivales.

De cualquier modo, ya se ha vaticinado que en un tiempo relativamente corto el yuan podría convertirse en una moneda dura ampliamente usada en la región tal como el dólar, el euro, y el yen. Debido a la posición de los Estados Unidos como deudor neto, el dólar podría continuar siendo la moneda dominante durante muchos años, mas el papel del euro y del yuan pudiera poner seriamente en peligro la posición preponderante de la moneda estadounidense. No por casualidad las más recientes estrategias militares de Estados Unidos pretenden controlar a China, país considerado como una seria amenaza al expansionismo norteamericano. En realidad, muchos teóricos y economistas de la derecha norteamericana catalogan a China como el desafío a mediano y largo plazos más importante a la hegemonía de los Estados Unidos. Incluso llegan a describirla como una amenaza para la paz mundial, ciertamente opuesta a los intereses hegemónicos norteamericanos (referirse, por ejemplo, al artículo de *The Economist*).

La imagen que surge de este breve análisis de comentarios y noticias que quisimos incorporar al debate sobre China no es en “blanco y negro” (China es aún un país socialista o China se ha convertido en un país capitalista). Más bien lo que aparece es el carácter dual y contradictorio del proceso que tiene lugar en la nación asiática. Por una parte, China está decidida a permanecer dentro del mercado mundial, y, por tanto, dentro de las organizaciones que han de definir sus reglas y flujos, y acepta pagar un costo social que pudiera ser elevado (tal opción es la misma que ha escogido Cuba que continúa siendo sin lugar a dudas un país socialista). Por la otra, China explota todas las contradicciones de estos tiempos, sobre todo su lógica predominante, la lógica neoliberal, con el fin de fortalecer tanto su posición interna como internacional. La “recuperación” de Hong Kong primero y de Macao después es ciertamente un resultado a tener en cuenta. China nos obliga a abandonar los usuales, pero obsoletos, esquemas de análisis de los problemas internacionales. En tales esquemas predominan con demasiada frecuencia unas categorías de análisis bastante moralizadoras que no coadyuvan al crecimiento de una nueva generación de militantes internacionales capacitada para este siglo.

La competencia global y la “irritante y arrogante” Cuba

En este contexto se consolida la nueva estructura de la sociedad capitalista. La consolidación comienza con algunos caracteres que se

han convertido en las reales modalidades de la dinámica de la globalización capitalista y que están vinculados con la relación capital-fuerza de trabajo cuya finalidad es el control social interno en cada país capitalista. Esto se hace más evidente cuando analizamos los datos macroeconómicos de la recesión capitalista que presionan en la dirección del keynesianismo militar y, por consiguiente, hacia la opción de las guerras realmente libradas. En el centro de todo permanece el Estado de Lucro y el estado coercitivo contra el mundo de la fuerza de trabajo.

El Estado de Lucro en los polos imperialistas continúa confiriendo a los empresarios condiciones extremadamente propicias y favorece hasta el extremo la obtención de ganancias. Esto no significa en lo absoluto un incremento en los gastos sociales (la contribución de las empresas es cada vez menor) que redunden en determinados beneficios sociales, en la educación o en la salud. No aumentan las inversiones productivas; no crecen los salarios; no se redistribuye la ganancia en favor de la fuerza laboral; y no se incrementa el empleo a jornada completa con todos los derechos y buena calidad.

Creemos que resulta esencial exponer estas ideas acerca de la “arrogante” Cuba, país que constituye una referencia para todos los países del sur por la defensa y el desarrollo de la salud pública, la cultura, y los derechos sociales en general. Esta es una frontera que ninguna lógica basada en la propiedad privada y en la exclusión debe violar.

Los primeros derechos que una nación ha de poder garantizar son aquellos relacionados con una verdadera democracia económica. Y en Cuba se garantiza a todas las personas los servicios de salud cualesquiera sean su complejidad técnica o profesional. Existen centros de orientación y hospitales locales incluso en pueblos muy pequeños, con énfasis primordial en la prevención de salud. Hay hospitales especializados en todas las ciudades que serían la envidia de cualquier país capitalista desarrollado. Asimismo se garantiza a todos la educación hasta el nivel universitario, que es gratuita, y se conceden subsidios y becas cuando se requieren. Existen universidades en todas las ciudades, incluso en las ciudades pequeñas, con sucursales que facilitan el acceso de la mayor cantidad posible de jóvenes. La educación combina la función educativa con la cultural (hasta 20 alumnos por aula, 15 en la enseñanza secundaria, programas interactivos, y computadoras en todas las escuelas con softwares producidos en Cuba). Se confiere especial atención a la educación ambiental, de salud, y nutricional. El Estado ayuda a alimentar a las personas que no cuentan con los medios necesarios para ello. La leche para todos los niños

hasta la edad de seis años es en extremo barata, mientras que la merienda en las escuelas es gratuita hasta los 13 años. Se ayuda a los pobres, a los discapacitados y a los ancianos de disímiles maneras. El objetivo es alcanzar una esperanza de vida de 86 años en el 2006, así como asegurar aquellas garantías sociales y económicas que no existen en ningún país capitalista, tales como un plan social de empleo y una vivienda para todos.¹⁶

Podríamos continuar hasta llegar a demostrar que en Cuba existe una forma de Estado que es, ante todo, un Estado social y un Estado de lo social o, mejor aún, el estado del socialismo vivido. Por tanto, Cuba es un país donde puede afirmarse sin lugar a dudas que el desarrollo de los derechos sociales y económicos universales constituye un factor estratégico del verdadero desarrollo cualitativo que hace tangibles la democracia popular y participativa de Cuba y el horizonte del socialismo hecho realidad.

Por el contrario, en los países capitalistas el Estado se aparta cada día más de su papel de garante social y controlador de conflictos toda vez que se ha apropiado de la filosofía de las empresas y de la cultura de la globalización financiera basadas en la ganancia fácil y en la poca compatibilidad con los problemas sociales y ambientales. Tales características se han convertido en los principios determinantes y en las bases concretas de la iniciativa para la organización y la dirección de la cohabitación social. El papel predominante de la empresa y la economía de guerra, incluso de tipo social, se tornan en factores de determinación social, política y económica para lanzar otra vez, a través de procesos de reestructuración económica e institucional a nivel global y con un carácter epocal, ataques contra los países del sur y las condiciones de vida de todos los trabajadores y los sectores débiles de la sociedad. El movimiento obrero, aun en los países capitalistas más desarrollados, tendrá que tomar en consideración esta situación de keynesianismo de guerra como un fenómeno económico estructural, y habrá de prepararse para soportar las restricciones a las libertades individuales y sindicales impuestas por los gobiernos, así como las concomitantes reducciones de salarios y de los gastos sociales derivados del retroceso del Estado benefactor. El Estado benefactor se está transformando en el Estado empresarial, es decir, en un Estado para el que la lógica del mercado y la defensa y el incremento de las ganancias son esenciales, que convierte los derechos sociales en caridad pública y emplea la comunicación social para ayudar a propagar la noción de que las ganancias, la flexibilidad y la productividad constituyen nuevas formas de "culto social", o sea, que son la filosofía en la base del único modelo de desarrollo posible.

Conclusiones

Las políticas neoliberales —y el fracaso al neutralizarlas— pueden provocar efectos políticos trascendentales. Existe el peligro real de que las democracias occidentales experimenten un retroceso como consecuencia de la desocialización, la degeneración política y la propagación de la “cultura de empresa” en la que la obtención de ganancia y el egoísmo a ella asociado ocupan un lugar preponderante.¹⁷ En los países dependientes ya se han desencadenado procesos de inestabilidad social, política y económica, y zonas enteras han sido presa de la desestabilización. Las crisis a las que antes se ha hecho referencia, a saber, en México, Brasil, Tailandia, Corea, Indonesia, Rusia y Argentina, pero también las “guerras étnicas”, el fundamentalismo religioso, la fragmentación de Estados y las cada vez más sofisticadas modalidades de criminalidad —todo al servicio del Nuevo Orden Mundial— son señales visibles de alarma. Lo que necesitan más apremiantemente los países de América Latina y los países en vías de desarrollo, en general, es reducir o cancelar la deuda pública, reorganizar en su favor el proceso de toma de decisiones de los organismos financieros internacionales tales como el Banco Mundial, el Banco Panamericano y el FMI, y eliminar su condición de “nuevo neocolonialismo” impuesto por dichos organismos. Otras medidas incluirían la regulación y el control del capital extranjero, el establecimiento de nuevas normas para la verdadera protección del medio ambiente, el despliegue de inversiones socialmente útiles, la imposición de gravámenes a las transferencias internacionales de capital, en especial a los movimientos especulativos. Resulta asimismo indispensable para estos países, la renegociación de acuerdos relacionados con la migración internacional de la fuerza de trabajo con el fin de evitar la violación de los derechos humanos, sociales y económicos de los trabajadores emigrantes a quienes sistemáticamente se les somete a formas cada vez más duras y crueles de explotación en los países desarrollados.¹⁸

En cuanto a la izquierda, transformaciones de tal magnitud han de conducir necesariamente a un reexamen de las categorías socio-económicas de análisis, a una revaloración de las políticas económicas, y a una reevaluación de los modelos de democracia política y económica. En el contexto actual de la polarización geoeconómica, resulta imperativo investigar las condiciones y las situaciones locales, incluyendo los patrones locales de desarrollo. En la actualidad, tales elementos son factores fundamentales para la acción de clase y

constituyen recursos esenciales en el trazado de estrategias exitosas para alcanzar una nueva y diferente forma de antagonismo social capaz de restaurar la unidad de la clase trabajadora.

Es fundamental citar aquí algunos pasajes importantes y hermosos extraídos de la petición final del Segundo Foro Social Europeo (Saint Denis, 16 de noviembre del 2003): “En este momento se está elaborando un proyecto de Constitución Europea separado de la sociedad civil. Tal proyecto institucionaliza el libre mercado como la doctrina oficial de la Comunidad Europea; consagra la competencia como la base de los derechos de la Unión Europea y de todas las comunidades humanas; soslaya los objetivos del desarrollo sostenible; confiere a la OTAN un papel en la formulación de la política exterior y en la defensa de Europa; fomenta la militarización de la Unión; y, por último, considera al elemento social como una pieza que se inserta en la construcción de una Europa basada en la primacía del mercado que en realidad lo que produce es el desmantelamiento programado de los servicios públicos. Este proyecto de constitución no responde a nuestras aspiraciones. Luchamos por otra Europa. Nos movilizamos con la esperanza de lograr una Europa sin desempleo y precariedad, dotada de una agricultura campesina, duradera y solidaria, que preserve los empleos, el medio ambiente y la calidad de los alimentos; una Europa abierta al mundo que permita la libre circulación, que conceda la ciudadanía a todos los extranjeros que en ella residen, y que respete los derechos de asilo; una Europa que promulgue la verdadera igualdad entre el hombre y la mujer, que promueva la diversidad cultural y el derecho de los pueblos a la autodeterminación, es decir, a decidir su propio futuro de una forma democrática. Luchamos por una Europa que rechace la guerra, favorezca la solidaridad internacional y una sociedad ambientalmente sustentable. Luchamos por la primacía de los derechos de los seres humanos, de los derechos sociales, económicos, políticos, culturales, ambientales e ideológicos sobre el derecho a la competencia, la lógica de la ganancia y la esclavitud de la deuda externa. ¡Por todas estas razones pedimos a los pueblos de Europa que se movilicen contra el modelo neoliberal y contra la guerra!”

Por tanto, los movimientos sociales y de trabajadores han de organizarse contra las tentativas de resquebrajar la unidad de clase, con el propósito de influir y afirmar procesos de transformación de la sociedad que sigan la lógica de la solidaridad internacional. Para lograrlo tenemos que comenzar a reafirmar y relanzar el papel de un Estado que garantice las necesidades colectivas y los equilibrios sociales, con controles reales que permitan colocar en un primer plano los intereses

de los trabajadores, de los países del sur, las necesidades socio-económicas de los ciudadanos, los derechos de la fuerza laboral y de la fuerza laboral rechazada, la valorización del desacuerdo con el intento declarado de promover la Europa de la coerción y del asociativismo del capital financiero internacional, esto es, el nuevo Europolo cuyo objetivo interno es la aniquilación de la conflictualidad social y su objetivo externo, la expansión hacia el Tercer Mundo. En otras palabras, tenemos que poder contar con un movimiento social y laboral capaz de promover una nueva etapa de grandes luchas, capitales para el crecimiento democrático de una Europa de la solidaridad, de una verdadera democracia desde los cimientos, una democracia real y participativa, expresión del mundo laboral y del mundo de la fuerza de trabajo rechazada, capaz de erigir las bases de otra “Europa posible” hecha a la medida de los seres humanos y no del capital, muy alejada de las leyes inhumanas del mercado y que pueda emprender un viaje largo, mas inevitable para el destino de la humanidad, hacia “otro mundo posible y necesario” y comenzar la transformación social al margen del capitalismo.

Se impone una democracia social, laboral y económica de la que Cuba, pequeño gran país del Tercer Mundo y del sur, constituye hoy día ejemplo y referencia importantes, y por la que sufre la brutal agresión imperialista. ¡Ha de ayudarse a Cuba a resolver sus problemas, dificultades y necesidades toda vez que Cuba representa la esperanza de aquellos que no pretenden rendirse y que desean cambiar el mundo en un sentido socialista!

Notas

1 Ver: A. Rannie: “Workers, Globalization, and Tradition: The Case of European Union”, Seminario internacional, Florianópolis, Brasil, 1998; G. Carchedi: *Los problemas en el análisis de clase. La producción, el conocimiento y la función del capital*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1983; H. Braverman: *Lavoro e capitale monopolistico. La degradazione del lavoro nel xx secolo*, Turín, 1978; R. Boyer: *La flessibilità del lavoro in Europa*, Milán, 1998; R. Martufi, L. Vasapollo: *Eurobang. La sfida del polo europeo nella competizione globale. Inchiesta su lavoro e capitale*, Mediaprint, Roma, 2000.

2 M. Regini: *Modelli di capitalismo. Le risposte europee all sfida della globalizzazione*, ed. Laterza, Roma, 2000, p. 19.

3 Ver R. Martufi, L. Vasapollo: *Eurobang...*, *ob. cit.*

- 4 Z. Brzezinski: *La grande scacchiera*, Longanesi, Milán, 1988, p. 132.
- 5 www.ICE.it
- 6 Z. Brzezinski: *La grande...*, ob. cit.
- 7 Z. Brzezinski: *Il mondo fuori controllo*, Longanesi, Milán, 1996, pp. 164-165.
- 8 Z. Brzezinski: *La grande...*, ob. cit., p. 202.
- 9 “La lunga marcia verso il mercato”, *Affari e Finanza*, 22 de noviembre de 1999.
- 10 “Sono gli Stati Uniti I grandi vincitori”, *Mondo e Mercati*, 25 de noviembre de 1999.
- 11 “Via a nuove reforme economiche”, *Il Sole 24 Ore*, 16 de noviembre de 1999.
- 12 “Un paese condannato a crescere”, *Il Sole 24 Ore*, 22 de julio de 1999.
- 13 Discurso pronunciado en la Universidad de Harvard, mayo de 1997, según aparece en *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1999.
- 14 “Tra Washington e Pekino la differenza è reciproca”, *Le Monde Diplomatique*, octubre de 1999.
- 15 “Pekino punta al grande balzo tecnologico”, *Il Sole 24 Ore*, 23 de noviembre de 1999.
- 16 Ver el importante artículo de Gloria Malaspina “Stato sociale a Cuba. Un modello che mette paura al capitalismo statunitense”, en *La rinascita della sinistra*, 10 de octubre del 2003.
- 17 Ver R. Murray , “La especialización flexible en la ‘tercera Italia’”, *Capital y Clase*, 34, 1998.
- 18 Ver R. Martufi, L. Vasapollo, *Eurobang...*, op. cit.; D. Harvey, *La geopolítica del capitalismo*, en D. Gregory, J. Urry: *Las relaciones sociales y las estructuras espaciales*, Londres, 1985.